

SIXTO GARCIA

REFLEXIÓN:

DOMINGO XXI, ORDINARIO, B: JUAN 6: 60-69

TEXTO

Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: “Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” Pero Jesús, sospechando que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: “Esto les escandaliza? ¿Y cuando vean ustedes al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y vida. Pero hay entre ustedes algunos que no creen.” (Es que Jesús sabía desde el principio quienes eran los que no creían y quien era el que lo iba a entregar). Y decía: “Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí, si no se lo concede el Padre.” Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él.

Jesús dijo entonces a los Doce: “¿También ustedes quieren marcharse?”. Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.” Jesús les respondió: “Fíjense, yo les he elegido a ustedes, los Doce. aY sin embargo, uno de ustedes es un diablo.” Hablaba de Judas, hijo de Simón Iscariote, porque éste le iba a entregar, aunque era uno de los Doce.”

CONTEXTO

- 1) La narrativa de hoy cierra el Discurso del Pan de Vida en el Cuarto Evangelio. Un rasgo peculiar del evangelio de Juan es la proclividad del evangelista de situar eventos que los Sinópticos incluyen en sus Relatos de la Pasión, dentro del ministerio público de Jesús (cf. el equivalente, en Juan, de las palabras de Jesús en el huerto: Juan 12: 27) – Las “palabras de institución” en Pablo (1 Corintios 11: 23-27) y los Sinópticos (Marcos 14: 22-25; Mateo 26: 26-29; Lucas 22: 19-20) tienen su equivalente en Juan 6: 51-58 (“El que come mi carne y bebe mi sangre, etc.)
- 2) El texto de hoy es un texto de “división” (cf. Mateo 28: 19; Lucas 12: 51): unos rechazan a Jesús, otros se mantienen fieles. La posibilidad de aceptación o rechazo de las palabras de Jesús – del mismo Jesús – ha sido planteada desde el Prólogo (Juan 1: 11-13) en adelante (3: 11-21, 31-36); la sección “de Caná a Caná” (2: 1- 4: 54) tiene en su centro diversas formas de responder a Jesús.

3) Algunos de los discípulos que han visto a Jesús sobre las aguas y han escuchado su auto-revelación: “Yo soy” (“ego eimi”), y han alcanzado felizmente la orilla (vss 16-21) lo abandonan (vss 60-66). Otros escuchan de labios de Jesús la sombría realidad de que el fracaso, el fallo en el discipulado, es una posibilidad, aún entre los fieles creyentes (vss 67ss).

4) Muchos (“polloi ek ton matheton”) entre los discípulos han escuchado (“akousantos”) las palabras de Jesús. Francis Moloney (cf. también Rudolf Schnackenburg) han llegado a una encrucijada: por un lado, han sido testigos de la auto-manifestación de Jesús en el mar borrascoso: “Soy yo (“ego eimi”); no teman” (“me phobeisthe”). Estos discípulos han visto (vss 5-13, 16-21) y han escuchado (vss 25-59) – y por lo tanto, conocen – la identidad del que les habla.

5) PERO, rechazan el discurso de Jesús como inaceptable, duro, ofensivo – el uso del vocablo “skleros” (“esclerótico, endurecido”) rubrica acertadamente su reacción; para ellos, es imposible “escuchar” (“akouein”) las palabras de Jesús.

6) Jesús los reta: “Esto les escandaliza? ¿Y cuando vean ustedes al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes?” – La pregunta, directa y desafiante, presupone todo lo que el Cuarto Evangelio nos ha dicho hasta ahora sobre el Hijo del Hombre, en especial las palabras de Jesús a Nicodemo: “Nadie ha subido al cielo, excepto el que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre.”

7) ¡CLAVE!: A través de todo el discurso del Pan de Vida (vss 25-59) Jesús se ha revelado como “el pan bajado del cielo” (vss. 32-33, 35, 38, 51). Cuando su audiencia cuestiona sus orígenes (vss 41-42), Jesús afirma que él “viene de Dios”. El Hijo del Hombre ha venido del cielo, pero quizás sus torpes discípulos se complacerían en verlo ascender delante de ellos, enmarcándose en la tradición de los “padres”: Abrahán, Moisés, Isaías, y Henoc. La Pascua judía resaltaba el ascenso de Moisés al cielo para recibir la Torá: así en la tradición rabínica (Rabat Éxodo 28: 1; 40: 2; 41: 6-7; 43: 4; 47: 5, 8); Rabat Deuteronomio (2: 365; 3: 11; 11: 10, y otros) – Con fina ironía, el Jesús de Juan les pregunta, en efecto: “¿Tengo que ascender al cielo como vuestros padres para que crean en mí?”

8) Los discípulos quieren conformar - ¡reducir! – las palabras y la identidad de Jesús a su comprensión y su visión “carnal.” Jesús, con punzante énfasis, les dice: “El Espíritu es el que da vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que

les he dicho son espíritu y vida.” La “carne” (“sarx”) opaca el entendimiento; Jesús solamente puede ser entendido por la acción del Espíritu (cf. Juan 15: 26)

9) ¡CLAVE! La palabra “sarx”, imprecisamente traducida como “carne”, se usa 13 veces en el Cuarto Evangelio. Su significado más correcto es “humanidad vulnerable, mortal”. El vocablo se usa a dos niveles diferentes:

a) El “sarx” de Jesús narra la historia de Dios (Juan 1: 14, 18), y es requisito indispensable para la vida del Espíritu (Juan 6: 51-56),

b) El “sarx” humano está limitado por el ámbito de la existencia humana, por aquello que es “de abajo” (Juan 1: 13; 3: 6; 8: 23) y es causa de un juicio confinado por criterios superficiales que provienen solamente de aquello que es física y fenoménicamente observable (Juan 8: 15; 7: 24) – En Juan 17: 2, “toda carne” (“pases sarkos”) traduce un hebraísmo (así Francis Moloney) que significa “todas las cosas creadas”)

10) El rechazo de algunos de los discípulos (las palabras de Jesús son duras, imposibles de aceptar) causa que muchos (“polloí”) se alejen de él. Pero el auténtico discípulo recibe su discipulado del Padre y cree en el Hijo (vss 64-65).

11) ¿Cuál es la causa del rechazo, cuales son esas palabras “duras”, inaceptables de Jesús que precluyen su seguimiento?

a) Jesús les ha dicho que él es “el pan de vida, que ha bajado del cielo” – y su audiencia recibe estas palabras “carnalmente”: “¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decirnos ahora: ‘he bajado del cielo’?” (Juan 6: 33, 35, 42)

b) Jesús acentúa la radicalidad de su auto-revelación: “Y el pan que yo les voy a dar es mi carne, para vida del mundo” (6: 51). La reacción es predecible: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?” – De nuevo, comprensión “sárkika” – “carnal.”

c) Las palabras brutalmente directas de Jesús (vss. 53-58) constituyen el texto más propiamente “eucarístico” del Cuarto Evangelio: “Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre . . . El que come mi carne y bebe mi sangre (2X) . . . El que coma este pan . . . ” – ¡CLAVE! Francis Moloney y una mayoría de comentaristas nos dicen que el texto griego es decisivo: Cuatro veces, el evangelista pone en boca de Jesús el verbo griego “trogó” – “masticar, triturar comida” (vss. 54, 56, 57, 58), alternando con la palabra más común, “esthien”,

“phagein” (“comer”, en sentido más general) vs. 51, 52, 53, 58) – Algunos exégetas (Raymond Brown, otros) han argumentado que “trogo” y “phagein” en este texto son sinónimos, pero una mayoría concurren con Moloney.

12) Xavier Leon-Dufour, S.J., ha comentado que “trogo” (“masticar”) tiene aquí varios niveles de sentido.

a) La asimilación plena de las palabras de Jesús: “pan” y “palabras” en el ambiente teológico semítico están correlacionadas (Isaías 55: 10-11)

b) Por tanto, “masticar” esas palabras significa el discipulado pleno - Es el “masticar” – el identificarse – con la persona misma de Jesús, hacerlo nuestro como definición radical e íntima de nuestra existencia – las palabras de Pablo vienen a la mente: “Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gálatas 2: 20) – Jesús exige el seguimiento radical de su persona, más allá de la Torá; esto es inaceptable para muchos – Jesús pretende hablar las palabras mismas de Dios – pretende hacerse Dios (Juan 5: 18; 10:30)

c) A un segundo nivel, las palabras de Jesús reflejan la práctica eucarística de las comunidades joánicas, con una Cristología francamente personalista, que les hace identificar el pan y la copa con el cuerpo y la sangre de Jesús – el texto de Juan 19: 34: cuando el soldado le atraviesa el costado a Jesús, “al instante le salió sangre y agua”, fue leído por la comunidad original de Juan en clave sacramental: el “agua” es símbolo del bautismo, la “sangre”, de la eucaristía – así lo han interpretado tanto el casi-consenso de los antiguos Padres (Juan Crisóstomo, Agustín, Gregorio Magno) como la mayoría de los comentaristas de línea histórico-crítica contemporánea (Francis Moloney, Xavier Leon-Dufour, Rudolf Schnackenburg, Raymond Brown).

13) Pero no todos se marchan. Pedro, hablando en nombre de los Doce, responde a la pregunta inquieta de Jesús sobre su fidelidad: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (“ho hagios tou theou”). La respuesta de Pedro es clave: por primera vez, un personaje del Cuarto Evangelio ha confesado a Jesús por causa de sus orígenes: Jesús viene del Padre.

14) Pero la fragilidad de los discípulos, determinados (con cierta relucencia) a seguir a Jesús, se evidencia de nuevo: “Uno de ustedes es un diablo” – Los discípulos rehúsan abandonar a Jesús, pero existe la proclividad al mal y la endeblez en medio de ellos – les queda todavía mucho por peregrinar con Jesús, mucho por entender y discernir sobre la identidad del Hijo del Hombre que se da a

si mismo, su realidad entera (“sarx”) para que devenga radicalmente en parte definitoria de nuestra identidad – para que sea “triturado” (“trogo”)

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

“Obsequium amicos, veritas odium parit” – Cicerón, “De amicitia”, XXIV, 89 (“La zalamería nos gana amigos, decir la verdad nos engendra odio”)

“La Eucaristía . . . no es un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y un alimento para los débiles” - Francisco, “Evangelii Gaudium”, 47

1) ¡Las palabras de Jesús son, en verdad, palabras duras, perturbadoras, subversivas! Una tradicional – y distorsionada - lectura de esta narrativa dice que las palabras “duras” de Jesús (“El que come mi carne . . .”) que impelieron a algunos de sus discípulos a abandonarlo tenían que ver con la “presencia real” del Señor en la eucaristía – y esto era demasiado para su limitada comprensión, para su imperfecta fe.

2) Tomando las palabras de Jesús tanto en su sentido “personalista” como en su clave “sacramental”, la “dureza”, la “inaceptabilidad” de la predicación de Jesús yace en su exigencia de discipulado total, de acercamiento e intimidad con su persona. La comunidad del “Discípulo Amado”, forjada al calor de su testimonio (Juan 19: 35: “El que lo vio lo atestigua y su testimonio es verdadero; él sabe que dice la verdad, para que también ustedes crean”) traduce en clave sacramental (“cuerpo y sangre” verdaderos de Jesús) el agua y sangre que brotan de su costado – ¡dando así el sentido pleno a las palabras de Jesús!

3) Las palabras de Francisco arriba citadas nos remiten al sentido más propiamente íntimo de la eucaristía: el cuerpo roto y la sangre derramada de Jesús, que todo lo redime, que todo lo renueva, son a la vez “remedio generoso” - ¡y un reto, una llamada, una provocación a nosotros para hacer lo mismo – devenir en cuerpos rotos y sangre derramada por los otros! – PERO

4) No son palabras fáciles de escuchar: optamos, con frecuencia, hacer lo que los frágiles y torpes discípulos hacen: ¡acomodar, acoplar, reducir las palabras eucarísticas de Jesús a su sentido “carnal” – a

reduccionismos moralizantes, blandos, que no duelen, que no perturban a nadie, eviscerados de su provocación profética – ¡exclusivistas! –
¡Solamente los perfectos, argumentan arrogante y despreciativamente tantos – los “libres de pecado” – pueden acercarse a la cena del Señor! –

5) Pero esto es patentemente falso – ¡La Eucaristía es inclusiva! – es la cena a la cual todos están invitados – los evangelios nos dan amplia evidencia de ello – publicanos, prostitutas, ladrones, los despreciados de nuestras sociedades y parroquias, los humillados, los descartados – los pecadores - ¡y ahí estamos todos, aún aquellos – y, en especial aquellos - que despliegan su “pureza y perfección” como boleto de admisión a la mesa eucarística!

6) “Ir a comulgar”, para usar la expresión más pedestre, sin tener plena conciencia de lo peligroso, lo riesgoso, lo subversivo que es participar del cuerpo roto y la sangre derramada del Señor, equivale, como dice San Pablo, a “comernos y bebernos nuestra propia perdición (1 Corintios 11: 29).

7) La pregunta de Jesús resuena en nuestros tiempos con vigencia más urgente: “¿También ustedes quieren marcharse?” ¿Cómo responderemos? ¿Murmurando cuán duras son las palabras de Jesús? O, reconociendo, aún con fe imperfecta y frágil: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna.”